



Biblioteca Mundial
de la Poesía
UAEMEX



UAEM

Universidad Autónoma
del Estado de México



Compilación de Obras
José María Heredia

© Universidad Autónoma del Estado de México, 2016 Instituto Literario núm. 100,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de wikisource:
<https://es.wikisource.org/>

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>



Miguel de Cervantes Saavedra

Poesías



Miguel de Cervantes Saavedra Poesías

Soneto de Miguel de Cervantes a la reina Doña Isabel 2ª

Serenísima reina, en quien se halla
lo que Dios pudo dar a un ser humano;
amparo universal del ser cristiano,
de quien la santa fama nunca calla;
arma feliz, de cuya fina malla
se viste el gran Felipe soberano,
íncrito rey del ancho suelo hispano
a quien Fortuna y Mundo se avasalla:
¿cuál ingenio podría aventurarse
a pregonar el bien que estás mostrando, 10
si ya en divino viese convertirse?
Que, en ser mortal, habrá de acobardarse,
y así, le va mejor sentir callando
aquello que es difícil de decirse.



Epitafio

Aquí el valor de la española tierra,
aquí la flor de la francesa gente,
aquí quien concordó lo diferente,
de oliva coronando aquella guerra;
aquí en pequeño espacio veis se encierra 5
nuestro claro lucero de occidente;
aquí yace enterrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.

Mirad quién es el mundo y su pujanza,
y cómo, de la más alegre vida, 10
la muerte lleva siempre la victoria;
también mirad la bienaventuranza
que goza nuestra reina esclarecida
en el eterno reino de la gloria.

Redondilla castellana

Cuando dejaba la guerra
libre nuestro hispano suelo,



con un repentino vuelo

la mejor flor de la tierra

fue trasplantada en el cielo; 5

y, al cortarla de su rama,

el mortífero accidente

fue tan oculto a la gente

como el que no ve la llama

hasta que quemar se siente. 10

Cuatro redondillas castellanas a la muerte de Su Majestad

Cuando un estado dichoso

esperaba nuestra suerte,

bien como ladrón famoso

vino la invencible muerte

a robar nuestro reposo; 5

y metió tanto la mano

aqueste fiero tirano,

por orden del alto cielo,

que nos llevó deste suelo



el valor del ser humano. 10

¡Cuán amarga es tu memoria,

oh dura y terrible faz!

Pero en aquesta victoria,

si llevaste nuestra paz,

fue para darte más gloria; 15

y, aunque el dolor nos desvela,

una cosa nos consuela:

ver que al reino soberano

ha dado un vuelo temprano

nuestra muy cara Isabela. 20

Una alma tan limpia y bella,

tan enemiga de engaños,

¿qué pudo merecer ella,

para que en tan tiernos años

dejase el mundo de vella? 25

Dirás, Muerte, en quien se encierra

la causa de nuestra guerra,



para nuestro desconsuelo,

que cosas que son del cielo

no las merece la tierra. 30

Tanto de punto subiste

en el amor que mostraste,

que, ya que al cielo te fuiste,

en la tierra nos dejaste

las prendas que más quisiste. 35

¡Oh Isabela Eugenia Clara,

Catalina, a todos cara,

claros luceros las dos,

no quiera y permita Dios

se os muestre Fortuna avara! 40

La elegía que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho [Cervantes] compuso, dirigida al

Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien

elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria



¿A quién irá mi doloroso canto,
o en cuya oreja sonará su acento,
que no deshaga el corazón en llanto?
A ti, gran cardenal, yo le presento,
pues vemos te ha cabido tanta parte 5
del hado secutivo violento.

Aquí verás qu'el bien no tiene parte:
todo es dolor, tristeza y desconsuelo
lo que en mi triste canto se reparte.

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo 10
de una ánima beata al alta cumbre
pusiera en confusión al bajo suelo?

Mas, ¡ay!, que yace muerta nuestra lumbre:
el alma goza de perpetua gloria,
y el cuerpo de terrena pesadumbre. 15

No se pase, señor, de tu memoria
cómo en un punto la invincible muerte
lleva de nuestras vidas la victoria.



Al tiempo que esperaba nuestra suerte

poderse mejorar, la sancta mano 20

mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció a la tierra su verano,

secó su paraíso fresco y tierno,

el ornato añubló del ser cristiano.

Volvió la primavera en frío invierno, 25

trocó en pesar su gusto y alegría,

tornó de arriba abajo su gobierno.

Pasóse ya aquel ser que ser solía

a nuestra obscuridad claro lucero,

sosiego del antigua tiranía. 30

A más andar el término postrero

llegó, que dividió con furia insana

del alma sancta el corazón sincero.

Cuanto ya nos venía la temprana

dulce fruta del árbol deseado, 35

vino sobre él la frígida mañana.



Quien detuvo el poder de Marte airado
que no pasase más el alto monte,
con prisiones de nieve aherrojado,
no pisará ya más nuestro horizonte, 40
que a los campos Elíseos es llevada
sin ver la obscura barca de Caronte.

A ti, fiel pastor de la manada
seguntina, es justo y te conviene
aligerarnos carga tan pesada. 45

Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
allí tu discreción muestre el alteza
que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás que a la bajeza
de nuestra humanidad es cosa cierta 50
no tener solo un punto de firmeza,
y que, si yace su esperanza muerta
y el dolor vida y alma le lastima,
que a do la cierra, Dios abre otra puerta.



Mas, ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima 55

algún tanto sus lágrimas cansadas

si una prenda perdió de tanta estima?

Y más si considera las amadas

prendas que le dejó en la dulce vida

y con su amarga muerte lastimadas. 60

Alma bella, del cielo merescida,

mira cuál queda el miserable suelo

sin la luz de tu vista esclarecida:

verás que en árbol verde no hace vuelo

el ave más alegre, antes ofresce 65

en su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece

el triste día que te imaginamos

con aquella virtud que no perece;

mas deste imaginar nos consolamos 70

en ver que merescieron tus deseos

que goces ya del bien que deseamos.



Acá nos quedarán por tus trofeos
tu cristiandad, valor y gracia estraña,
de alma sancta sanctísimos arreos. 75

De hoy más, la sola y afligida España,
cuando más sus clamores levantare
al summo Hacedor y alta compañía,
cuando más por salud le importunare
al término postrero que perezca 80
y en el último trance se hallare,
sólo podrá pedirle que le ofrezca
otra paz, otro amparo, otra ventura
qu'en obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura, 85
¿de qué nos sirve si en pequeño instante
damos en manos de la sepultura?

Aquel firme esperar sancto y constante,
que concede a la fe su cierto asiento
y a la querida hermana ir adelante, 90



adonde mora Dios en su aposento
nos puede dar lugar dulce y sabroso,
libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
no puede perturbarse, ni la vida 95
temer más otro trance doloroso;
aquí con nuevo ser es conducida
entre las almas del inmenso coro
nuestra Isabela, reina esclarecida;
con tal sinceridad guardó el decoro, 100
do al precepto divino más se aspira,
que meresce gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte!, ¿contra quién tu amarga ira
quesiste ejecutar para templarme
con profundo dolor mi triste lira? 105
Si nos cansáis, señor, ya descucharme,
anudaré de nuevo el roto hilo,
que la ocasión es tal que ha d'esforzarme;



lágrimas pediré al corriente Nilo,
un nuevo corazón al alto cielo, 110
y a las más tristes musas triste estilo.
Diré que al duro mal, al grave duelo
que a España en brazos de la muerte tiene,
no quiso Dios dejarle sin consuelo:
dejóle al gran Filipo, que sostiene, 115
cual firme basa al alto firmamento,
el bien o desventura que le viene.
De aquesto, vos lleváis el vencimiento,
pues deja en vuestros hombros él la carga
del cielo y de la tierra, y pensamiento. 120
La vida que en la vuestra así se encarga
muy bien puede vivir leda y segura,
pues de tanto cuidado se descarga;
gozando, como goza, tal ventura
el gran señor del ancho suelo hispano, 125
su mal es menos y nuestra desventura.



Si el ánimo real, si el soberano
tesoro le robó en un solo día
la muerte airada con esquivada mano,
regalos son que el summo Dios envía 130
a aquél que ya le tiene aparejado
sublime asiento en la alta jerarquía.
Quien goza quietud siempre en su estado,
y el efecto le acude a la esperanza
y a lo que quiere nada le es trocado, 135
argúyese que poca confianza
se puede tener de él que goce y vea
con claros ojos bienaventuranza.
Cuando más favorable el mundo sea,
cuando nos ría el bien todo delante 140
y venga al corazón lo que desea,
tiénese de esperar que en un instante
dará con ello la Fortuna en tierra,
que no fue ni será jamás constante.



Y aquel que no ha gustado de la guerra, 145

a do se aflige el cuerpo y la memoria,

paresce Dios del cielo le destierra,

porque no se coronan en la gloria

si no es los capitanes valerosos

que llevan de sí mismos la victoria. 150

Los amargos sospiros dolorosos,

las lágrimas sin cuento que ha vertido

quien nos puede su vista hacer dichosos,

el perder a su hijo tan querido,

aquel mirarse y verse cuál se halla 155

de todo su placer desposeído,

¿qué se puede decir sino batalla

adonde l'hemos visto siempre armado

con la paciencia, qu'es muy fina malla?

Del alto cielo ha sido consolado 160

[con] concederle acá vuestra persona,

que mira por su honra y por su estado.



De aquí saldrá a gozar de una corona
más rica, más preciosa y muy más clara
que la que ciñe al hijo de Latona. 165
Con él vuestra virtud, al mundo rara,
se tiene de estender de gente en gente,
sin poderlo estorbar Fortuna avara;
resonará el valor tan excelente
que os ciñe, cubre, ampara y os rodea, 170
de donde sale el sol hasta occidente,
y allá en el alto alcázar do pasea
en mil contentos nuestra reina amada,
si puede desear, sólo desea
que sea por mil siglos levantada 175
vuestra grandeza, pues que se engrandece
el valor de su prenda deseada,
que [en] vuestro poderío se parece
del católico rey la summa alteza,
que desde un polo al otro resplandesce. 180



De hoy más, deje del llanto la fiereza
el afligida España, levantando
con verde lauro ornada la cabeza,
que, mientras fuere el cielo mejorando
del soberano rey la larga vida, 185
no es bien que se consuma lamentando;
y, en tanto que arribare a la subida
de la inmortalidad vuestra alma pura,
no se entregue al dolor tan de corrida;
y más, qu'el grave rostro de hermosura, 190
por cuya ausencia vive sin consuelo,
goza de Dios en la celeste altura.
¡Oh trueco glorioso, oh sancto celo,
pues con gozar la tierra has merecido
tender tus pasos por el alto cielo! 195
Con esto cese el canto dolorido,
magnánimo señor, que, por mal diestro,
queda tan temeroso y tan corrido



cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

Soneto de Miguel de Cervantes, gentilhombre español, en loor del autor

¡Oh cuán claras señales habéis dado,

alto Bartholomeo de Ruffino,

que de Parnaso y Ménalo el camino

habéis dichosamente paseado!

Del siempre verde lauro coronado 5

seréis, si yo no soy mal adivino,

si ya vuestra fortuna y cruel destino

os saca de tan triste y bajo estado,

pues, libre de cadenas vuestra mano,

reposando el ingenio, al alta cumbre 10

os podéis levantar seguramente,

oscureciendo al gran Livio romano,

dando de vuestras obras tanta lumbre

que bien merezca el lauro vuestra frente.

Del mismo, en alabanza de la presente obra

Si, así como de nuestro mal se canta



en esta verdadera, clara historia,
se oyera de cristianos la victoria,
¡cuál fuera el fruto d'esta rica planta!
Así cual es, al cielo se levanta 5
y es digna de inmortal, larga memoria,
pues, libre de algún vicio y baja escoria,
al alto ingenio admira, al bajo espanta.

Verdad, orden, estilo claro y llano
cual a perfecto historiador conviene, 10
en esta breve summa está cifrado.

¡Felice ingenio, venturosa mano,
que, entre pesados yerros apretado,
tal arte y tal virtud en sí contiene!

De Miguel de Cervante[s], captivo, a M. Vázquez, mi señor

Si el bajo son de la zampoña mía,
señor, a vuestro oído no ha llegado
en tiempo que sonar mejor debía,
no ha sido por la falta de cuidado



sino por sobra del que me ha traído 5
por extraños caminos desviado.
También, por no adquirirme de atrevido
el nombre odioso, la cansada mano
ha encubierto las faltas del sentido.
Mas ya que el valor vuestro sobrehumano, 10
de quien tiene noticia todo el suelo,
la graciosa altivez, el trato llano
aniquilan el miedo y el recelo
que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
de no querer descubrir su vuelo, 15
de vuestra alta bondad y virtud summa
diré lo menos, que lo más no siento
quién de cerrarlo en verso se presume.
Aquél que os mira en el subido asiento
do el humano favor puede encumbrarse, 20
y que no cesa el favorable viento,
y él se ve entre las ondas anegarse



del mar de la privanza, do procura,
o por fas o por nefas, levantarse,
¿quién duda que no dice: «La ventura 25
ha dado en levantar este mancebo
hasta ponerle en la más alta altura:
ayer le vimos inesperto y nuevo
en las cosas que agora mide y trata
tan bien que tengo envidia y las apruebo»? 30
D'esta manera se congoja y mata
el envidioso, que la gloria ajena
le destruye, marchita y desbarata.
Pero aquél que con mente más serena
contempla vuestro trato y vida honrosa 35
y del alma dentro, de virtudes llena,
no la inconstante rueda presurosa
de la falsa fortuna, suerte o hado,
signo, ventura, estrella ni otra cosa
dice qu'es causa que en el buen estado 40



que agora poseéis os haya puesto,
con esperanza de más alto grado,
mas solo el modo del vivir honesto,
la virtud escogida que se muestra
en vuestras obras y apacible gesto, 45
ésta dice, señor, que os da su diestra
y os tiene asido con sus fuertes lazos
y a más y a más subir siempre os adiestra.
¡Oh sanctos, oh agradables dulces brazos
de la sancta virtud, alma y divina, 50
y sancto quien recibe sus abrazos!
Quien con tal guía, como vos, camina,
¿de qué se admira el ciego vulgo bajo
si a la silla más alta se avecina?
Y, puesto que no hay cosa sin trabajo, 55
quien va sin la virtud va por rodeo,
y el que la lleva va por el atajo.
Si no me engaña la experiencia, creo



que se ve mucha gente fatigada

de un solo pensamiento y un deseo: 60

pretenden más de dos llave dorada,

muchos un mismo cargo, y quien aspira

a la fidelidad de una embajada.

Cada cual por sí mismo al blanco tira

donde asestan otros mil, y sólo es uno 65

cuya saeta dio do fue la mira;

y éste quizá, qu'a nadie fue importuno

ni a la soberbia puerta del privado

se halló, después de vísperas, ayuno,

ni dio ni tuvo a quien pedir prestado: 70

sólo con la virtud se entretenía

y en Dios y en ella estaba confiado.

Vos sois, señor, por quien decir podría

(y lo digo y diré sin estar mudo)

que sola la virtud fue vuestra guía, 75

y que ella sola fue bastante y pudo



levantaros al bien do estáis agora,
privado humilde, de ambición desnudo.

¡Dichosa y felicísima la hora,
donde tuvo el real conocimiento 80
noticia del valor que anida y mora
en vuestro reposado entendimiento,
cuya fidelidad, cuyo secreto
es de vuestras virtudes el cimiento!

Por la senda y camino más perfecto 85
van vuestros pies, que es la que el medio
tiene y la que alaba el seso más discreto;
quien por ella camina, vemos viene
a aquel dulce, süave paradero
que la felicidad en sí contiene. 90

Yo, que el camino más bajo y grosero
he caminado en fría noche oscura,
he dado en manos del atolladero,
y en la esquiva prisión, amarga y dura,



adonde agora quedo, estoy llorando 95
mi corta, infelicísima ventura,
con quejas tierra y cielo importunando,
con suspiros el aire escureciendo,
con lágrimas el mar acrescentando.
Vida es ésta, señor, do estoy muriendo, 100
entre bárbara gente descreída
la mal lograda juventud perdiendo.
No fue la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo acaso
con la vergüenza y la razón perdida: 105
diez años ha que tiendo y mudo el paso
en servicio del gran Filipino nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso;
y, en el dichoso día que siniestro
tanto fue el hado a la enemiga armada 110
cuanto a la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,



presente estuvo mi persona al hecho,
más d'esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho, 115
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
la muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose a quién tarda, a quién temprana; 120
el son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y agua iban muriendo;
los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían, 125
maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
cuando, en el son de la trompeta nuestra,
su daño y nuestra gloria conocían;
con alta voz, de vencedora muestra, 130



rompiendo el aire claro, el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón yo, triste, estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba; 135

el pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fue tan soberano
qu'a mi alma llegó, viendo vencido 140
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento,
que a veces me quitó todo el sentido.

Y en mi propia cabeza el escarmiento 145
no me pudo estorbar que el segundo año
no me pusiese a discreción del viento,
y al bárbaro, medroso pueblo estraño



vi recogido, triste, amedrentado
y con causa temiendo de su daño, 150
y al reino tan antiguo y celebrado,
a do la hermosa Dido fue rendida
al querer del troyano desterrado,
también, vertiendo sangre aún la herida
mayor, con otras dos, quise hallarme 155
por ver ir la morisma de vencida.
¡Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron esforzados
y perderme con ellos, o ganarme!
Pero mis cortos, implacables hados, 160
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados,
y al fin por los cabellos me trujeron
a ser vencido por la valentía
de aquellos que después no la tuvieron. 165
En la galera Sol, que escurescía



mi ventura su luz, a pesar mío,
fue la pérdida de otros y la mía.
Valor mostramos al principio y brío,
pero después, con la experiencia amarga, 170
conoscimos ser todo desvarío.
Sentí de ajeno yugo la gran carga,
y en las manos sacrílegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.
Bien sé que mis maldades infinitas 175
y la poca atrición qu'en mí se encierra
me tiene entre estos falsos ismaelitas.
Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, qu'en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra, 180
no pude al llanto detener el freno,
que a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrecióse a mis ojos la ribera



y el monte donde el grande Carlo tuvo 185

levantada en el aire su bandera,

y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,

pues, movido de envidia de su gloria,

airado entonces más que nunca estuvo.

Estas cosas, volviendo en mi memoria, 190

las lágrimas trujeron a los ojos,

movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo en darme enojos

no está con mi ventura conjurado,

y aquí no lleva muerte mis despojos, 195

cuando me vea en más alegre estado,

si vuestra intercesión, señor, me ayuda

a verme ante Filipo arrodillado,

mi lengua balbuciente y cuasi muda

pienso mover en la real presencia, 200

de adulación y de mentir desnuda,

diciendo: «Alto señor, cuya potencia



sujetas trae mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia,
a quien los negros indios con sus dones 205
reconocen honesto vasallaje,
trayendo el oro acá de sus rincones:
despierte en tu real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una bicoca
aspira de contino a hacerte ultraje. 210
La gente es mucha, mas su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte, muro o roca;
cada uno mira si tu armada viene
para dar a sus pies el cargo y cura 215
de conservar la vida que sostiene.
Del amarga prisión triste y oscura,
adonde mueren veinte mil cristianos,
tienes la llave de su cerradura.
Todos, cual yo, de allá, puestas las manos, 220



las rodillas por tierra, sollozando,
cercados de tormentos inhumanos,
valeroso señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
a los suyos, que están siempre llorando; 225
y, pues te deja agora la discordia,
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia,
haz, ¡oh buen rey!, que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto 230
fue por tu amado padre comenzado.
Sólo el pensar que vas pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adevino
ya desde aquí su pérdida y quebranto».
¿Quién dubda que el real pecho benigno 235
no se muestre, escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?
Bien parece que nuestro la flaqueza



de mi tan torpe ingenio, que pretende
hablar tan bajo ante tan alta alteza, 240
pero el justo deseo la defiende.

Mas a todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende,
y al trabajo me llaman donde muero.

Al señor Antonio Veneziani

Si el lazo, el fuego, el dardo, el puro yelo
que os tiene, abrasa, hiere y pone fría
vuestra alma, trae su origen desde el cielo,
ya que os aprieta, enciende, mata, enfría,
¿qué nudo, llama, llaga, nieve o celo 5

ciñe, arde, traspasa o yela hoy día,
con tan alta ocasión como aquí nuestro,
un tierno pecho, Antonio, como el vuestro?

El cielo, que el ingenio vuestro mira,
en cosas que son d'él quiso emplearos 10
y, según lo que hacéis, vemos que aspira



por Celia al cielo empíreo levantaros;
ponéis en tal objeto vuestra mira,
que dais materia al mundo de envidiaros:
¡dichoso el desdichado a quien se tiene 15
envidia de las ansias que sostiene!
En los conceptos que la pluma
de la alma en el papel ha trasladado
nos dais no sólo indicio pero muestra
de que estáis en el cielo sepultado, 20
y allí os tiene de amor la fuerte diestra
vivo en la muerte, a vida reservado,
que no puede morir quien no es del suelo,
teniendo el alma en Celia, que es un cielo.
Sólo me admira el ver que aquel divino 25
cielo de Celia encierre un vivo infierno
y que la fuerza de su fuerza y sino
os tenga en pena y llanto sempiterno;
al cielo encamináis vuestro camino,



mas, según vuestra suerte, yo dicierno 30
que al cielo sube el alma y se apresura,
y en el suelo se queda la ventura.
Si con benino y favorable aspecto
a alguno mira el cielo acá en la tierra,
obra ascondidamente un bien perfeto 35
en el que cualquier mal de sí destierra;
mas si los ojos pone en el objeto
airados, le consume en llanto y guerra
así como a vos hace vuestro cielo:
ya os da guerra, ya paz, y[a] fuego y yelo. 40
No se ve el cielo en claridad serena
de tantas luces claro y alumbrado
cuantas con rica habéis y fértil vena
el vuestro de virtudes adornado;
ni hay tantos granos de menuda arena 45
en el desierto líbico apartado
cuantos loores creo que merece



el cielo que os abaja y engrandece.

En Scitia ardéis, sentís en Libia frío,
contraria operación y nunca vista; 50
flaqueza al bien mostráis, al daño brío;
más que un lince miráis, sin tener vista;
mostráis con discreción un desvarío,
que el alma prende, a la razón conquista,
y esta contrariedad nace de aquella 55
que es vuestro cielo, vuestro sol y estrella.

Si fuera un caos, una materia unida
sin forma vuestro cielo, no espantara
de que del alma vuestra entristecida
las continuas querellas no escuchara; 60
pero, estando ya en partes esparcida
que un fondo forman de virtud tan rara,
es maravilla tenga los oídos
sordos a vuestros tristes alaridos.

Si es lícito rogar por el amigo 65



que en estado se halla peligroso,
yo, como vuestro, desde aquí me obligo
de no mostrarme en esto perezoso;
mas si me he de oponer a lo que digo
y conducirlo a término dichoso, 70
no me deis la ventura, que es muy poca,
mas las palabras sí de vuestra boca.
Diré: «Celia gentil, en cuya mano
está la muerte y vida y pena y gloria
de un mísero captivo que, temprano 75
ni aun tarde, no saldrás de su memoria:
vuelve el hermoso rostro blando, humano,
a mirar de quien llevas la victoria;
verás el cuerpo en dura cárcel triste
del alma que primero tú rendiste. 80
Y, pues un pecho en la virtud constante
se mueve en casos de honra y muestra airado,
muévale al tuyo el ver que de delante



te han un firme amator arrebatado;
y si quiere pasar más adelante 85
y hacer un hecho heroico y estremado,
rescata allá su alma con querella,
que el cuerpo, que está acá, se irá tras ella.

El cuerpo acá y el alma allá captiva
tiene el mísero amante que padece 90
por ti, Celia hermosa, en quien se aviva
la luz que al cielo alumbra y esclarece;
mira que el ser ingrata, cruda, esquiva
mal con tanta beldad se compadece:
muéstrate agradecida y amorosa 95
al que te tiene por su cielo y diosa».

Soneto de Miguel de Cervantes al autor

Ya que del ciego dios habéis cantado
el bien y el mal, la dulce fuerza y arte,
en la primera y la segunda parte,
donde está de amor el todo señalado,



ahora, con aliento descansado 5
y con nueva virtud que en vos reparte
el cielo, nos cantáis del duro Marte
las fieras armas y el valor sobrado.
Nuevos ricos mineros se descubren
de vuestro ingenio en la famosa mina 10
que al más alto deseo satisfacen;
y, con dar menos de lo más que encubren,
a este menos lo que es más se inclina
del bien que Apolo y que Minerva hacen.

Soneto de Miguel de Cervantes

¡Oh venturosa, levantada pluma
que en la empresa más alta te ocupaste
que el mundo pudo, y al fin mostraste
al recibo y al gasto igual la suma!,
calle de hoy más el escritor de Numa, 5
que nadie llegará donde llegaste,
pues en tan raros versos celebraste



tan raro capitán, virtud tan summa.

¡Dichoso el celebrado, y quien celebra,

y no menos dichoso todo el suelo, 10

que tanto bien goza en esta historia,

en quien envidia o tiempo no harán quiebra;

antes hará con justo celo el cielo

eterna más que el tiempo su memoria!

Redondillas de Miguel de Cervantes al hábito de Fray Pedro de Padilla

Hoy el famoso Padilla

con las muestras de su celo

causa contento en el cielo

y en la tierra maravilla,

porque, llevado del cebo 5

de amor, temor y consejo,

se despoja el hombre viejo

para vestirse de nuevo.

Cual prudente sierpe ha sido,

pues, con nuevo corazón, 10



en la piedra de Simón
se deja el viejo vestido,
y esta mudanza que hace
lleva tan cierto compás
que en ella asiste lo más 15
de cuanto a Dios satisface.
Con las obras y la fe
hoy para el cielo se embarca
en mejor jarciada barca
que la que libró a Noé; 20
y, para hacer tal pasaje,
ha muchos años que ha hecho,
con sano y cristiano pecho,
cristiano matalotaje,
y no teme el mal tempero 25
ni anegarse en el profundo
porque en el mar d'este mundo
es plático marinero,



y así, mirando el aguja
divina, cual se requiere, 30
si el demonio a orza diere,
él dará al instante a puja.
Y llevando este concierto
con las ondas d'este mar,
a la fin vendrá a parar 35
a seguro y dulce puerto,
donde, sin áncoras ya,
estará la nave en calma
con la eternidad del alma,
que nunca se acabará. 40
En una verdad me fundo,
y mi ingenio aquí no yerra,
qu'en siendo sal de la tierra,
habéis de ser luz del mundo:
luz de gracia rodeada 45
que alumbre nuestro horizonte,



y sobre el Carmelo monte
fuerte ciudad levantada.
Para alcanzar el trofeo
d'estas santas profecías, 50
tendréis el carro de Elías
con el manto de Eliseo,
y, ardiendo en amor divino,
donde nuestro bien se fragua,
apartando el manto al agua, 55
por el fuego haréis camino;
porqu'el voto de humildad
promete segura alteza
y castidad y pobreza,
bienes de divinidad, 60
y así los cielos serenos
verán, cuando acabarás,
un cortesano allá más
y en la tierra un sabio menos.



Miguel de Cervantes a Fray Pedro de Padilla

Cual vemos que renueva

el águila real la vieja y parda

pluma y con otra nueva

la detenida y tarda

pereza arroja y con subido vuelo 5

rompe las nubes y se llega al cielo:

tal, famoso Padilla,

has sacudido tus humanas plumas,

porque con maravilla

intentos y presumas 10

llegar con nuevo vuelo al alto asiento

donde aspiran las alas de tu intento.

Del sol el rayo ardiente

alza del duro rostro de la tierra,

con virtud excelente, 15

la humedad que en sí encierra,

la cual después, en lluvia convertida,



alegra al suelo y da a los hombres vida:

y d'esta mesma suerte

el sol divino te regala y toca 20

y en tal humor convierte

que, con tu pluma, apoca

la sequedad de la ignorancia nuestra

y a sciencia santa y santa vida adiestra.

¡Qué sancto trueco y cambio: 25

por las humanas, las divinas musas!

¡Qué interés y recambio!

¡Qué nuevos modos usas

de adquirir en el suelo una memoria

que dé fama a tu nombre, al alma gloria!; 30

que, pues es tu Parnaso

el monte del Calvario y son tus fuentes

de Aganipe y Pegaso

las sagradas corrientes

de las benditas llagas del Cordero, 35



eterno nombre de tu nombre espero.

Soneto al mismo santo, de Miguel de Cervantes

Muestra su ingenio el que es pintor curioso

cuando pinta al desnudo una figura,

donde la traza, el arte y compostura

ningún velo la cubra artificioso:

vos, seráfico padre, y vos, hermoso 5

retrato de Jesús, sois la pintura

al desnudo pintada, en tal hechura

que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras de ser mártir descubristes,

los lejos, en que estáis allá en el cielo 10

en soberana silla colocado;

las colores, las llagas que tuvistes

tanto las suben que se admira el suelo,

y el pintor en la obra se ha pagado.

De Miguel de Cervantes en loor del autor y de su obra

El casto ardor de una amorosa llama,



un sabio pecho a su rigor sujeto,
un desdén sacudido y un afecto
blando, que al alma en dulce fuego inflama,
el bien y el mal a que convida y llama 5
de amor la fuerza y poderoso efecto,
eternamente, en son claro y perfecto,
con estas rimas cantará la fama,
llevando el nombre único y famoso
vuestro, felice López Maldonado, 10
del moreno etíope al cita blanco,
y hará que en balde de laurel honroso
espere alguno verse coronado
si no os imita y tiene por su blanco.

Del mismo al mismo

Bien donado sale al mundo

este libro, do se encierra

la paz de amor y la guerra,

y aquel fruto sin segundo



de la castellana tierra; 5
que, aunque le da Maldonado,
va tan rico y bien donado
de ciencia y de discreción,
que me afirmo en la razón
de decir que es bien donado. 10

El sentimiento amoroso
del pecho más encendido
en fuego de amor, y herido
de su dardo ponzoñoso
y en la red suya cogido, 15
el temor y la esperanza
con que el bien y el mal se alcanza
en las empresas de amor:
aquí muestra su valor,
su buena o su mala andanza. 20

Sin flores, sin praderías
y sin los faunos silvanos,



sin ninfas, sin dioses vanos,
sin yerbas, sin aguas frías
y sin apacibles llanos, 25
en agradables conceptos
profundos, altos, discretos,
con verdad llana y distinta,
aquí el sabio autor nos pinta
del ciego dios los efetos. 30
Con declararnos la mengua
y el bien de su ardiente llama,
ha dado a su nombre fama
y enriquecido su lengua,
que ya la mejor se llama, 35
y hanos mostrado que es solo
favorecido de Apolo
con dones tan infinitos,
que su fama en sus escritos
irá d' éste al otro polo. 40



De Miguel de Cervantes, soneto

Cual vemos del rosado y rico oriente
la blanca y dura piedra señalarse
y en todo, aunque pequeña, aventajarse
a la mayor del Cáucaso eminente,
tal este (humilde al parecer) presente 5
puede y debe mirarse y admirarse,
no por la cantidad, mas por mostrarse
ser en su calidad tan excelente.

El que navega por el golfo insano
del mar de pretensiones verá al punto 10
del cortesano laberinto el hilo.

¡Felice ingenio y venturosa mano
qu'el deleite y provecho puso junto
en juego alegre, en dulce y claro estilo!

De Miguel de Cervantes, soneto

De la Virgen sin par, santa y bendita
(digo, de sus loores), justamente



haces el rico, sin igual presente

a la sin par cristiana Margarita.

Dándole, quedas rico, y queda escrita 5

tu fama en hojas de metal luciente,

que, a despecho y pesar del diligente

tiempo, será en sus fines infinita:

¡felice en el sujeto que escogiste,

dichoso en la ocasión que te dio el cielo 10

de dar a Virgen el virgíneo canto;

venturoso también porque heciste

que den las musas del hispano suelo

admiración al griego, al tusco espanto.

Al doctor Francisco Díaz, de Miguel de Cervantes, soneto

Tú, que con nuevo y sin igual decoro

tantos remedios para un mal ordenas,

bien puedes esperar d'estas arenas,

del sacro Tajo, las que son de oro,

y el lauro que se debe al que un tesoro 5



halla de ciencia, con tan ricas venas
de raro advertimiento y salud llenas,
contento y risa del enfermo lloro;
que por tu industria una deshecha piedra
mil mármoles, mil bronces a tu fama 10
dará sin invidiosas competencias;
daráte el cielo palma, el suelo yedra,
pues que el uno y el otro ya te llama
espíritu de Apolo en ambas ciencias.

Canción nacida de las varias nuevas que han venido de la católica armada que fue
sobre

Inglaterra, de Miguel de Cervantes Saavedra

Bate, Fama veloz, las prestas alas,
rompe del norte las cerradas nieblas,
aligera los pies, llega y destruye
el confuso rumor de nuevas malas
y con tu luz desparce las tinieblas 5
del crédito español, que de ti huye;



esta preñez concluye
en un parto dichoso que nos muestre
un fin alegre de la ilustre empresa,
cuyo fin nos suspende, alivia y pesa, 10
ya en contienda naval, ya en la terrestre,
hasta que, con tus ojos y tus lenguas,
diciendo ajenas menguas,
de los hijos de España el valor cantes,
con que admires al cielo, al suelo espantes. 15

Di con firme verdad, firme y sigura:

¿hizo el que pudo la victoria vuestra?

¿Sentenciado ha su causa el Padre eterno?

¿Bañada queda en roja sangre y pura

la católica espada y fuerte diestra? 20

En fin, de aquel que asiste a su gobierno,

¿poblado ha el hondo infierno

de nuevas almas, y de cuerpos lleno

el mar, que a los despojos y banderas



de las naciones pertinaces, fieras, 25
apenas dio lugar su inmenso seno,
del pirata mayor del occidente
ya inclinada la frente,
y puesto al cuello altivo y indomable
del vencimiento el yugo miserable? 30
Di (que al fin lo dirás): «allí volaron
por el aire los cuerpos, impelidos
de las fogosas máquinas de guerra;
aquí las aguas su color cambiaron,
y la sangre de pechos atrevidos 35
humedecieron la contraria tierra»;
cómo huye, o si afierra,
este y aquel navío; en cuántos modos
se aparecen las sombras de la muerte;
cómo juega Fortuna con la suerte, 40
no mostrándose igual ni firme a todos,
hasta que, por mil varios embarazos,



los españoles brazos,
rompiendo por el aire, tierra y fuego,
declararon por suyo el mortal juego. 45

Píntanos ya un diluvio con razones,
causado de un conflicto temeroso
y que le pinta la contraria parte:
mil cuerpos sobreaguados y en montones
confusos, otros naden cobdiciosos 50
d'entretener la vida en cualquier parte;
al descuido, y con arte,
pinta rotas entenas, jarcias rotas,
quillas sentidas, tablas desclavadas,
y, de impaciencia y de rigor armadas, 55
las dos (y no en valor) iguales flotas.

Exprime los gemidos excesivos
de aquellos semivivos
que, ardiendo, al agua fría se arrojaban
y, en la muerte del fuego, muerte hallaban. 60



Después d'esto dirás: «en espaciosas,
concertadas hileras va marchando
nuestro cristiano ejército invencible,
las cruzadas banderas victoriosas
al aire con donaire tremolando, 65
haciendo vista fiera y apacible.

Forma aquel son horrible
que el cóncavo metal despide y forma,
y aquel del atambor que engendra y cría
en el cobarde pecho valentía 70
y el temor natural trueca y reforma»;
haz los reflejos y vislumbres bellas
que, cual claras estrellas,
en las lucidas armas el sol hace
cuando mirar este escuadrón le place. 75

Esto dicho, revuelve presurosa
y en los oídos de los dos prudentes
famosos generales luego envía



una voz que les diga la gloriosa
estirpe de sus claros ascendientes, 80
cifra de más que humana valentía:
al que las naves guía
muéstrale sobre un muro un caballero,
más que de yerro, de valor armado,
y entre la turba mora un niño atado, 85
cual entre hambrientos lobos un cordero,
y al segundo Abrahán que dé la daga
con que el bárbaro haga
el sacrificio horrendo que en el suelo
le dio fama y inmortal gloria en el cielo; 90
dirás al otro, que en sus venas tiene
la sangre de Austria, que con esto sólo
le dirás cien mil hechos señalados
que, en cuanto el ancho mar cerca y contiene,
y en lo que mira el uno y otro polo, 95
fueron por sus mayores acabados.



Éstos así informados,
entra en el escuadrón de nuestra gente
y allá verás, mirando a todas partes,
mil Cides, mil Roldanes y mil Martes, 100
valiente aquél, aquéste más valiente;
a estos solos les dirás que miren
para que luego aspiren
a concluir la más dudosa hazaña:
«Hijos, mirad que es vuestra madre España!, 105
la cual, desde que al viento y mar os distes,
cual viuda llora vuestra ausencia larga,
contrita, humilde, tierna, mansa y justa,
los ojos bajos, húmidos y tristes,
cubierto el cuerpo de una tosca sarga, 110
que de sus galas poco o nada gusta
hasta ver en la injusta
cerviz inglesa puesto el suave yugo
y sus puertas abrir, de horror cargadas,



con las romanas llaves dedicadas 115

[a] abrir el cielo como al cielo plugo.

Justa es la empresa, y vuestro brazo fuerte;

aun de la misma muerte

quitara la vitoria de la mano,

cuanto más del vicioso luterano». 120

Muéstrales, si es posible, un verdadero

retrato del católico monarca,

y verán de David la voz y el pecho,

las rodillas por el suelo y un cor[dero]

mirando, a quien encierra y guarda un arca, 125

mejor que aquélla quisier[a haber hecho],

puestos de trecho a trecho

doce descalzos ángeles mortales

en quien tanta virtud el cielo encierra

que con humilde voz desde la tierra 130

pasan del mismo cielo los umbrales.

Con tal cordero, tal monarca y luego



de tales doce el ruego,
diles que está seguro el triunfo y gloria,
y que ya España canta la victoria. 135
Canción, si vas despacio do te envío,
en todo el cielo fío
que has de cambiar por nuevas de alegría
el nombre de canción y profecía.

FIN

Del mismo, canción segunda, de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra
Madre de los valientes de la guerra,
archivo de católicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura,
tierra donde se vee que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados 5
por defensores de la fee más pura:
no te parezca acaso desventura,
¡Oh España, madre nuestra!,
ver que tus hijos vuelven a tu seno



dejando el mar de sus desgracias lleno, 10
pues no los vuelve la contraria diestra:
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar, y el cielo que consiente
que se alce un poco la enemiga frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable, 15
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.
Abre tus brazos y recoge en ellos
los que vuelven confusos, no rendidos,
pues no se escusa lo que el cielo ordena, 20
ni puede en ningún tiempo los cabellos
tener alguno con la mano asidos
de la calva ocasión en suerte buena,
ni es de acero o diamante la cadena
con que se enlaza y tiene 25
el buen suceso en los marciales casos,
y los más fuertes bríos quedan lasos



del que a los brazos con el viento viene,
y esta vuelta que vees desordenada
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta 30
del toro para dar mortal revuelta
a la gente con cuerpos desalmada,
que el cielo, aunque se tarda, no es amigo
de dejar las maldades sin castigo.
A tu león pisado le han la cola; 35
las vedijas sacude, y arrevuelve
a la justa venganza de su ofensa,
no sólo suya, que si fuera sola,
quizá la perdonara: sólo vuelve
por la de Dios, y en restaurarla piensa. 40
Único es su valor, su fuerza imensa,
claro su entendimiento,
indignado con causa, y tal que a un pecho
cristiano, aunque de mármol fuese hecho,
moviera a justo y vengativo intento. 45



Y más, que el galo, el tusco, el moro mira,
con vista aguda y ánimos perplejos,
cuáles son los comienzos y los dejos,
y dónde pone este león la mira,
porque entonces su suerte está lozana 50
en cuanto tiene este león cuartana.
Ea pues, ¡oh Felipe, señor nuestro,
Segundo en nombre y hombre sin segundo,
coluna de la fee segura y fuerte!,
vuelve en suceso más felice y diestro 55
este designio que fabrica el mundo,
que piensa manso y sin coraje verte,
como si no bastasen a moverte
tus puertos salteados
en las remotas Indias apartadas, 60
y en tus casas tus naves abrasadas,
y en la ajena los templos profanados;
tus mares llenos de piratas fieros,



por ellos tus armadas encogidas,
y en ellos mil haciendas y mil vidas 65
sujetos a mil bárbaros aceros,
cosas que cada cual por sí es posible
a hacer que se intente aun lo imposible.
Pide, toma, señor, que todo aquello
que tus vasallos tienen se te ofrece 70
con liberal y valerosa mano
a trueque que al inglés pérfido cuello
pongas el justo yugo que merece
su injusto pecho y proceder insano;
no sólo el oro que se adora en vano, 75
sino sus hijos caros
te darán, cual el suyo dio don Diego,
que, en propia sangre y en ajeno fuego,
acrisoló los hechos siempre raros
de la casa de Córdoba, que ha dado 80
catorce mayorazgos a las lanzas



moriscas, y, con firmes confianzas,
sus obras y su nombre han dilat[ado]
por la espaciosa redondez del suel[o],
que el que así muere vive y gana el cie[lo]. 85

En tanto que los brazos levant[ares],
gran capitán de Dios, espera, [espera]
ver vencedor tu pueblo, y no vencido;
pero si de cansado los bajas,
los suyos alzará la gente fiera, 90
que para el mal el malo es atrevido;
y en tu perseverancia está incluído
un felice suceso
de la empresa justísima que tomas,
y no con ella un solo reino domas, 95
que a muchos pones de temor el peso;
aseguras los tuyos, fortaleces
lo que la buena fama de ti canta,
que eres un justo horror que al malo espanta



y mano que a los justos favoreces; 100
alza los brazos, pues, Moisés cristiano,
y pondrálos por tierra el luterano.
Vosotros que, llevados de un deseo
justo y honroso, al mar os entregastes 105
y el ocio blando y el regalo huistes,
puesto que os imagino ahora y veo
entre el viento y el mar que contrastastes
y los mortales daños que sufristes,
d'entre Scila y Caribdis no tan tristes 110
salís que no se vea
en vuestro bravo, varonil semblante
que romperéis por montes de diamante
hasta igualar la desigual pelea;
que los bríos y brazos españoles 115
quilatan su valor, su fuerza y brío
con la hambre, sed, calor y frío
cual se quilata el oro en los crisoles,



y, apurados así, son cual la planta
que al cielo con la carga se levanta. 120

El diestro esgrimidor, cuando le toca
quien sabe menos que él, se enciende en ira
y con facilidad se desagravia;
y en la orilla del mar la fuerte roca,
mientras su furia a deshacerla aspira, 125
muy poco o nada su rigor la agravia;
y es común opinión de gente sabia
que cuanto más ofende
el malo al bueno, tanto más aumenta
el temor del alcance de la cuenta, 130
que siempre es malo del que mal espende.

Triunfe el pirata, pues, agora y haga
júbilo y fiestas, porque el mar y el viento
han respondido al justo de su intento
sin acordarse si el que debe paga, 135
que, al sumar de la cuenta, en el remate



se hará un alcance que le alcance y mate.

¡Oh España, oh rey, oh mílites famosos!,

ofrece, manda, obedeced, que el cielo

en fin ha de ayudar al justo celo, 140

puesto que los principios sean dudosos,

y en la justa ocasión y en la porfía

encierra la vitoria su alegría.

[Romance]

Yace donde el sol se pone,

entre dos tajadas peñas,

una entrada de un abismo,

quiero decir, una cueva

profunda, lóbrega, oscura, 5

aquí mojada, allí seca,

propio albergue de la noche,

del horror y las tinieblas.

Por la boca sale un aire

que al alma encendida yela, 10



y un fuego, de cuando en cuando,

que el pecho de yelo quema.

Óyese dentro un rüido

como crujir de cadenas

y unos ayes luengos, tristes, 15

envueltos en tristes quejas.

Por las funestas paredes,

por los resquicios y quiebras

mil víboras se descubren

y ponzoñosas culebras. 20

A la entrada tiene puesto[s],

en una amarilla piedra,

huesos de muerto encajados

de modo que forman letras,

las cuales, vistas del fuego 25

que arroja de sí la cueva,

dicen: «Ésta es la morada

de los celos y sospechas».



Y un pastor contaba a Lauso

esta maravilla cierta 30

de la cueva, fuego y yelo,

aullidos, sierpes y piedra,

el cual, oyendo, le dijo:

«Pastor, para que te crea,

no has menester juramentos 35

ni hacer la vista esperiencia.

Un vivo traslado es ése

de lo que mi pecho encierra,

el cual, como en cueva oscura,

no tiene luz, ni la espera. 40

Seco le tienen desdenes

bañado en lágrimas tiernas;

aire, fuego y los suspiros

le abrasan contino y yelan.

Los lamentables aullidos, 45

son mis continuas querellas,



víboras mis pensamientos
que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita, amarilla,
es mi sin igual firmeza, 50
que mis huesos en la muerte
mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
en esta morada estrecha,
que engendraron los descuidos 55
de mi querida Silena».
En pronunciando este nombre,
cayó como muerto en tierra,
que de memorias de celos
aquestos fines se esperan. 60

[Otra versión]

Hacia donde el sol se pone,
entre dos partidas peñas,
una entrada de un abismo,



quiero decir, una cueva

oscura, lóbrega y triste, 5

aquí mojada, allí seca,

propio albergue de la noche,

del terror y de tinieblas.

Por su boca sale un aire

que al alma encendida yela, 10

y un fuego, de cuando en cuando,

que al pecho de nieve quema.

Óyese dentro un rüido

con crujir de cadenas

y unos ayes luengos, tristes, 15

envueltos en tristes quejas;

y en las funestas paredes,

por los resquicios y quiebras

mil víboras se descubren

y ponzoñosas culebras. 20

A la boca tiene puestos,



en una amarilla piedra,
güesos de muerto encajados
de modo que forman letras,
las cuales, vistas al fuego 25
que sale de la caverna,
dicen: «Ésta es la morada
de los celos y sospechas».
Un pastor contaba a Lauso
esta maravilla cierta 30
de la cueva, fuego y yelo,
aullidos, sierpes y piedras,
el cual, viéndole, le dijo:
«Pastor, para que te crean,
no has menester jurallo 35
ni hacer della esperiencia.
El mismo traslado es ése
de lo que mi pecho encierra,
el cual, como en cueva oscura,



ni siente luz, ni la espera. 40

Seco, le tienen desdenes

bañando lágrimas tiernas;

aire y fuego en los suspiros

arrójase, abrasa y yela.

Los lamentables aullidos, 45

son mis continuas endechas,

víboras mis pensamientos

que en mis entrañas se ceban.

La piedra escrita, amarilla,

es mis sin igual firmezas, 50

que los fuegos en mi muerte

dirán cómo fui de piedra.

Los celos son los que avisan

en esta morada estrecha,

que causaron los descuidos 55

cuidados de Silena».

En pronunciando este mal,



cayó como muerto en tierra,
que de memorias de celos
tales sucesos se esperan. 60

El cielo a la iglesia ofrece
hoy una piedra tan fina
que en la corona divina
del mismo Dios resplandece.

De Miguel Cervantes, glosa

Tras los dones primitivos
que, en el fervor de su celo,
ofreció la iglesia al cielo,

a sus edificios vivos
dio nuevas piedras el suelo; 5

estos dones agradece
a su esposa y la ennoblece,
pues, de parte del esposo,

un Hiacinto, el más precioso,
el cielo a la iglesia ofrece. 10



Porque el hombre de su gracia

tantas veces se retira,

y el Jacinto, al que le mira,

es tan grande su eficacia

que le sosiega la ira, 15

su misma piedad lo inclina

a darlo por medicina,

que, en su jüicio profundo,

ve que ha menester el mundo,

hoy una piedra tan fina. 20

Obró tanto esta virtud,

viviendo Jacinto en él,

que, a los vivos rayos d'él,

en una y otra salud

se restituyó por él. 25

Crezca gloriosa la mina

que de su luz jacintina

tiene el cielo y tierra llenos,



pues no mereció estar menos
que en la corona divina. 30
Allá luce ante los ojos
del mismo autor de su gloria,
y acá en gloriosa memoria
de los triunfos y despojos
que sacó de la vitoria, 35
pues si otra luz desfallece
cuando el sol la suya ofrece,
¿qué tan viva y rutilante
será aquésta si delante
del mismo Dios resplandece? 40

De Miguel de Cervantes Saavedra, soneto

No ha menester el que tus hechos canta,
¡oh gran marqués!, el artificio humano,
que a la más sutil pluma y docta mano
ellos le ofrecen al que al orbe espanta;
y éste que sobre el cielo se levanta, 5



llevado de tu nombre soberano,
a par del griego y escritor toscano,
sus sienes ciñe con la verde planta;
y fue muy justa prevención del cielo
que a un tiempo ejercitases tú la espada 10
y él su prudente y verdadera pluma,
porque, rompiendo de la invidia el velo,
tu fama, en sus escritos dilatada,
ni olvido o tiempo o muerte la consuma.

El capitán Becerra vino a Sevilla a enseñar lo que habían de hacer los soldados, y a esto y a

la entrada del duque de Medina en Cádiz hizo Cervantes este soneto

Vimos en julio otra semana santa,
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías,
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta;
hubo de plumas muchedumbre tanta 5
que en menos de catorce o quince días



volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.
Bramó el Becerro y púsolos en sarta;
tronó la tierra, escurecióse el cielo, 10
amenazando una total rüina;
y al cabo, en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.
Al tñmulo del rey que se hizo en Sevilla
«¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla!;
porque, ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta braveza?
¡Por Jesucristo vivo, cada pieza 5
vale más que un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!
¡Apostaré que la ánima del muerto,



por gozar este sitio, hoy ha dejado 10
el cielo, de que goza eternamente!»

Esto oyó un valentón y dijo: «¡Es cierto
lo que dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario miente!»

Y luego en continente 15
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Unas décimas que compuso Miguel de Cervantes

Ya que se ha llegado el día,
gran rey, de tus alabanzas,
de la humilde musa mía
escucha, entre las que alcanzas,

las llorosas que te envía; 5

que, puesto que ya caminas

pisando las perlas finas

de las aulas soberanas,

tal vez palabras humanas



oyen orejas divinas. 10

¿Por dónde comenzaré

a exagerar tus blasones,

después que te llamaré

padre de las religiones

y defensor de la fe? 15

Sin duda habré de llamarte

nuevo y pacífico Marte,

pues en sosiego venciste

lo más en cuanto quisiste,

y es mucha la menor parte. 20

Tembló el cita en el oriente,

el bárbaro al mediodía,

el luterano al poniente,

y en la tierra siempre fría

temió la indómita gente; 25

Arauco vio tus banderas

vencedoras, y las fieras



ondas del sangriento Egeo
te dieron como en trofeo
las otomanas banderas. 30

Las virtudes en su punto
en tu pecho se hallaron,
y el poder y el saber junto,
y jamás no te dejaron,
aun casi el cuerpo difunto; 35

y lo que más tu valor
sube al extremo mayor
es que fuiste, cual se advierte,
bueno en vida, bueno en muerte
y bueno en tu sucesor. 40

Esta memoria nos dejas,
que es la que el bueno cudicia,
que, amigables y sin quejas,
misericordia y justicia
corrieron en ti parejas, 45



como la llana humildad
al par de la majestad,
tan sin discrepar un tilde
que fuiste el rey más humilde
y de mayor gravedad. 50

Quedar las arcas vacías,
donde se encerraba el oro
que dicen que recogías,
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías; 55
desde ahora en los serenos

Elíseos campos amenos
para siempre gozarás,
sin poder desear más
ni contentarte con menos. 60

De Miguel de Cervantes

Yace en la parte que es mejor de España
una apacible y siempre verde Vega



a quien Apolo su favor no niega,
pues con las aguas de Helicón la baña;
Júpiter, labrador por grande hazaña, 5
su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio, alegre, en ella se sosiega,
Minerva eternamente la acompaña;
las Musas su Parnaso en ella han hecho;
Venus, honesta, en ella aumenta y cría 10
la santa multitud de los amores.
Y así, con gusto y general provecho,
nuevos frutos ofrece cada día
de ángeles, de armas, santos y pastores.

Miguel de Cervantes, autor de Don Quixote: «Este soneto hice a la muerte de Fernando de

Herrera; y, para entender el primer cuarteto, advierto que él celebraba en sus versos a una

señora debajo deste nombre de Luz. Creo que es de los buenos que he hecho en mi vida»

El que subió por sendas nunca usadas



del sacro monte a la más alta cumbre;
el que a una Luz se hizo todo lumbre
y lágrimas, en dulce voz cantadas;
el que con culta vena las sagradas 5
de Helicón y Pirene en muchedumbre
(libre de toda humana pesadumbre)
bebió y dejó en divinas transformadas;
aquél a quien invidia tuvo Apolo
porque, a par de su Luz, tiene su fama 10
de donde nace a donde muere el día:
el agradable al cielo, al suelo solo,
vuelto en ceniza de su ardiente llama,
yace debajo desta losa fría.

Miguel de Cervantes a don Diego de Mendoza y a su fama
En la memoria vive de las gentes,
varón famoso, siglos infinitos,
premio que le merecen tus escritos
por graves, puros, castos y excelentes.



Las ansias en honesta llama ardientes, 5
los Etnas, los Estigios, los Cocitos
que en ellos suavemente van descritos,
mira si es bien, ¡oh Fama!, que los cuentes,
y aun que los lleves en ligero vuelo
por cuanto ciñe el mar y el sol rodea, 10
y en láminas de bronce los esculpas;
que así el suelo sabrá que sabe el cielo
que el renombre inmortal que se desea
tal vez le alcanzan amorosas culpas.

Miguel de Cervantes, al secretario Gabriel Pérez del Barrio Angulo

Tal secretario formáis,
Gabriel, en vuestros escritos,
que por siglos infinitos
en él os eternizáis;
de la ignorancia sacáis 5
la pluma, y en presto vuelo
de lo más bajo del suelo



al cielo la levantáis.

Desde hoy más, la discreción
quedará puesta en su punto, 10
y el hablar y escribir junto
en su mayor perfección,
que en esta nueva ocasión
nos muestra, en breve distancia,
Demóstenes su elegancia 15
y su estilo Cicerón.

España os está obligada,
y con ella el mundo todo,
por la subtileza y modo
de pluma tan bien cortada; 20
la adulación defraudada
queda, y la lisonja en ella;
la mentira se atropella,
y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa 25



que sólo vos habéis dado

a la materia de estado

hermosa y cristiana forma;

con la razón se conforma

de tal suerte que en él veo 30

que, contentando al deseo,

al que es más libre reforma.

Soneto a don Diego Rosel y Fuenllana, inventor de nuevos artes, hecho por Miguel de

Cervantes

Jamás en el jardín de Falerina

ni en la Parnasa, excesible cuesta,

se vio Rosel ni rosa cual es ésta,

por quien gimió la maga Dragontina;

atrás deja la flor que se rechina 5

en la del Tronto archiducal floresta,

dejando olor por vía manifesta

que a la región del cielo la avecina.



Crece, ¡oh muy felice planta!, crece,
y ocupen tus pimpollos todo el orbe, 10
retumbando, crujiendo y espantando;
el Betis calle, pues el Po enmudece,
y la muerte, que a todo humano sorbe,
sola esta rosa vaya eternizando.

De Miguel de Cervantes, a los éxtasis de nuestra beata madre Teresa de Jesús
Virgen fecunda, madre venturosa,
cuyos hijos, criados a tus pechos,
sobre sus fuerzas la virtud alzando,
pisan ahora los dorados techos
de la dulce región maravillosa 5
que está la gloria de su Dios mostrando:
tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
ahora estés ante tu Dios prostrada, 10
en rogar por tus hijos ocupada,



o en cosas dignas de tu intento santo,
oye mi voz cansada
y esfuerzo, ¡oh madre!, el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas 15

sacó Dios tu niñez, diste señales

que Dios para ser suya te guardaba,

mostrando los impulsos celestiales

en ti, con ordinarias maravillas,

que a tu edad tu deseo aventajaba; 20

y si se descuidaba

de lo que hacer debía,

tal vez luego volvía

mejorado, mostrando codicioso

que el haber parecido perezoso 25

era un volver atrás para dar salto,

con curso más brïoso,

desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fue creciendo en ti la gana



de obrar en proporción de los favores 30

con que te regaló la mano eterna,

tales que, al parecer, se alzó a mayores

contigo alegre Dios en la mañana

de tu florida edad humilde y tierna;

y así tu ser gobierna 35

que poco a poco subes

sobre las densas nubes

de la suerte mortal, y así levantas

tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,

que ligero tras sí el alma le lleva 40

a las regiones santas

con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa;

acullá se desposa Dios contigo,

aquí misterios altos te revela. 45

Tierno amante se muestra, dulce amigo,

y, siendo tu maestro, te levanta



al cielo, que señala por tu escuela;

parece se desvela

en hacerte mercedes; 50

rompe rejas y redes

para buscarte el Mágico divino,

tan tu llegado siempre y tan contino

que, si algún afligido a Dios buscara,

acortando camino 55

en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede

decir que en Alba fue donde naciste,

pues allí nace donde muere el justo;

desde Alba, ¡oh madre!, al cielo te partiste: 60

alba pura, hermosa, a quien sucede

el claro día del inmenso gusto.

Que le goces es justo

en éxtasis divinos

por todos los caminos 65



por donde Dios llevar a un alma sabe,
para darle de sí cuanto ella cabe,
y aun la ensancha, dilata y engrandece
y, con amor süave,
a sí y de sí la junta y enriquece. 70
Como las circunstancias convenientes
que acreditan los éxtasis, que suelen
indicios ser de santidad notoria,
en los tuyos se hallaron, nos impelen
a creer la verdad de los visibles 75
que nos describe tu discreta historia;
y el quedar con vitoria,
honroso triunfo y palma
del infierno, y tu alma
más humilde, más sabia y obediente 80
al fin de tus arrobos, fue evidente
señal que todos fueron admirables
y sobrehumanamente



nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras, 85

menospreciando la mortal riqueza

en la inmortalidad que siempre dura,

y el visorrey de Dios nos da certeza

que sin enigma y sin espejo miras

de Dios la incomparable hermosura, 90

colma nuestra ventura:

oye, devota y pía,

los balidos que envía

el rebaño infinito que criaste

cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste, 95

que no porque dejaste nuestra vida

la caridad dejaste,

que en los cielos está más estendida.

Canción, de ser humilde has de preciarte

cuando quieras al cielo levantarte, 100

que tiene la humildad naturaleza



de ser el todo y parte

de alzar al cielo la mortal bajeza.

De Miguel de Cervantes Saavedra

De Turia el cisne más famoso hoy canta,

y no para acabar la dulce vida,

que en sus divinas obras escondida

a los tiempos y edades se adelanta:

queda por él canonizada y santa 5

Teruel, vivos Marcilla y su homicida;

su pluma, por heroica conocida,

en quien se admira el cielo, el suelo espanta.

Su dotrina, su voz, su estilo raro,

que por tuyos, ¡oh Apolo!, reconoces, 10

según el vuelo de sus bellas alas,

grabadas por la Fama en mármol paro

y en láminas de bronce, harán que goces

siglo de eternidad, Yagüe de Salas.



De Miguel de Cervantes Saavedra, a la señora doña Alfonsa González, monja
profesa en el

monasterio de Nuestra Señora de Constantinopla, en la dirección deste libro de la
Sacra

Minerva

En vuestra sin igual, dulce armonía,

hermosísima Alfonsa, nos reserva

la nueva, la sin par sacra Minerva

cuanto de bueno y santo el cielo cría.

Llega el felice punto, llega el día 5

en que, si os oye la infernal caterva,

huye gimiendo al centro y, de la acerva

región, suspiros a la tierra envía.

En fin, vos convertís el suelo en cielo

con la voz celestial, con la hermosura 10

que os hacen parecer ángel divino;

y así, conviene que tal vez el velo

alcéis, y descubráis esa luz pura



que nos pone del cielo en el camino.



HUMANISMO QUE TRANSFORMA